

27

Cenizas

Marta Catalá Vila

De todos los pacientes —¿o acaso éramos clientes?— reunidos ese verano en la clínica Abril para rehabilitación de fumadores pertinaces, la única que parecía feliz era mi hermana Cristina. Quizás el efecto lo producía su sonrisa constante, eje focal de su rostro, enmarcado y realzado por un cabello rubio ceniza, asediado por voluntariosas canas que aportaban rebeldía a su cabello, pero no conseguían menguar su eterno aire infantil. Claro que su felicidad o docilidad —pues a veces era indistinguible— no era a mis ojos tan meritoria, puesto que, para compensar su abstinencia de nicotina, Cristina siempre podía recurrir al alcohol —su verdadera gran flaqueza—. Además, a diferencia de los demás, mi hermana estaba allí por convicción propia. A sus treinta y siete años había decidido que una adicción era suficiente. Habría jurado que no existían argumentos en el mundo capaces de convencerme de seguirla en aquel plan, pero una hermana te conoce de verdad y, para vencer mis resistencias, le bastó con hacerme ver que, con toda probabilidad, yo seguía soltero por culpa del tabaco. Así éramos nosotros, un poco gemelos, a pesar de llevarnos dos años, simétricos en nuestras experiencias. Dos hijos del matrimonio Sigüenza-Palau, dos almas solitarias con mucha más disposición a la adicción que al trabajo. Al menos, no nos juzgábamos entre noso-

tros. La lealtad fraternal incluía la aceptación de nuestras debilidades.

Al principio, para mí, fumar no fue un problema. Yo había sido un fumador satisfecho y entregado, consciente y reflexivo. Estaba seguro de que el tabaco, más que oscurecer mis pulmones, había ponderado mi carácter y esculpido mi resiliencia. Algunos tenían a Dios, yo tenía a Marlboro. De lo que estaba seguro era que a Cristina y a mí nuestra adicción nos sirvió para tolerar mejor la decadencia de la familia.

Todo empezó en aquellas travesías en el *ferry* camino de casa de la abuela después de la enésima trifulca de nuestros padres, sentados en la zona abierta de popa, con el húmedo frío que se levantaba del mar y se filtraba a través de nuestras chaquetas de lana. Recuerdo a Cristina bebiendo a morro de la botella de Dry Martini, primera de las botellas con las que mamá trataba de agradecer a la abuela el favor de tenernos durante la crisis marital y que, por supuesto, y especialmente desde aquel acto de rebeldía inicial, nunca llegaron a su destinataria. Mi primer paquete de cigarrillos se lo robé a nuestro padre en la confusión de nuestra partida. Y así la transgresión que comenzó como la venganza de unos críos frustrados que presentían el derrumbe de la familia acabó convertida en ritual cada vez que tocaba exiliarse a casa de la abuela. Recuerdo la aspe-reza en la garganta, el torpe espasmo conteniendo el humo, la sensación de displicencia y libertad, la expectativa de ser dueño de mi vida y también los besos, dulces y pegajosos, de Cristina. Sus ojos encendidos y la melena al viento como un aura. Parecía una beata y esa sonrisa de paz era reconfortante. Adjudicar las borracheras al mareo del barco era bastante sencillo y la abuela siempre dejaba descansar a Cristina unas horas, consciente de que sus nietos ya sufrían bastante con aquellos padres tan mal casados.

Digan lo que digan los superventas, dejar de fumar no es fácil si sabes cómo. En cambio, la publicidad de la clínica Abril prometía sin adular, seducía sin culpar, y las fotografías de sus instalaciones hacían el resto. Si la urbe de la que todos proveníamos era el pulmón enfermo, aquella finca en el campo, rodeada de prados de un verde clorofila en el que despuntaban cabezas de amapolas, era la promesa de una respiración aligerada, una mente revitalizada y un amor verdadero.

El tratamiento incluía una rigurosa rutina de ejercicio físico, reuniones en grupo, sesiones de hipnosis y citas individuales con la terapeuta jefa y socia de la clínica, la doctora Balmes.

Agatha Balmes era una psiquiatra, brillante e innovadora, con varios premios de investigación en su currículum, a pesar de su juventud. Aunque probablemente había nacido en las postrimerías de los noventa y frisaba los treinta, su pelo corto y liso, los labios rectos y las gafas de pasta de montura rectangular le daban parecido a Anouk Aimée en la película *Ocho y medio*. Observarla era como mirar una foto en blanco y negro. A veces su presencia se sentía estática, anacrónica y fantasmal, pero su discurso era profesional y contemporáneo; su tono de voz, grave, sólido. Según ella misma dijo, sus planes de futuro pasaban por proseguir sus investigaciones en Viena. Los veranos al mando de la clínica Abril le permitían experimentar, aumentar sus horas de clínica y fortalecer su cuenta corriente de cara al rigor de las becas de investigación austriacas. La doctora Balmes se había ganado un considerable prestigio en su lucha contra el tabaquismo ajeno. Poco importaba que pasara sus descansos con una rebeca blanca de punto sobre los hombros, balanceándose en un columpio del jardín con cadencia nostálgica y la mirada perdida más allá del humo de su cigarro con boquilla de marfil. Los genios

podían, y tal vez debían, permitirse aquellas contradicciones. Pero si la doctora no se encerraba en los baños para fumar y si, de hecho, nadie lo hacía, era porque en la clínica Abril nadie nos prohibía fumar. Según la filosofía de la institución, la represión podía causar un efecto rebote muy nocivo y se fiaba todo a la libertad, el compromiso sincero y el trabajo sobre la psique.

Agatha Balmes estaba convencida de que, excepto en su caso, la adicción a la nicotina se debía a un trauma emocional no resuelto que empujaba al paciente a buscar una satisfacción oral. Por eso le parecía obvio que, ante el abandono emocional de nuestros progenitores, mi hermana hubiera tomado la botella como pezón materno delegado y yo, buscando apropiarme del falo paterno, me hubiera entregado al cigarro. Y por eso tampoco era ciertamente descabellado pensar que, una vez liberado de mi necesidad infantil, y abandonado el tabaco por voluntad propia, podría aspirar, por fin, a entablar una relación sexual y emocional sana y satisfactoria con una mujer no fumadora. Poderoso incentivo para dejar de fumar.

Pero el paciente que más intrigaba a nuestro pequeño grupo de aspirantes a exfumadores era Pedro, que llevaba siempre un traje gris de alpaca brillante hecho a medida, pero que él conseguía vestir con un desaliño tal, que le daba el aspecto de novio plantado en el altar (o, según Cristina, de agente de franquicia inmobiliaria de bajo presupuesto). Pedro desayunaba siempre solo en la terraza. Leía un periódico de papel y tomaba su café americano con la cabeza apoyada en la mesa, la mejilla rozando la tinta de las páginas culturales. Si todos habíamos hecho progresos al cabo de unos días, si el vigor daba color a nuestras mejillas y la esperanza, brillo a nuestra mirada, solo Pedro permanecía pálido, resistente al tratamiento intensivo de la doctora, fumando un cigarro tras otro y

ejemplarizando el fracaso estadístico de cualquier terapia. Estaba claro que su trauma emocional no resuelto era mucho más profundo que el nuestro, y así parecían confirmarlo sus ojos castaños, soñadores y sufrientes. Casi fue inevitable tratar de resolver el enigma Pedro por nuestra parte. Era tentador desear vencer su dolor, encontrar la llave de su jaula mental, anotarse un punto ante la doctora Balmes.

Así que cada mañana, cada sobremesa y después de las cenas, Cristina y yo nos turnábamos para sondear su tristeza. Y siempre fracasábamos. Ni padres violentos, ni madres ausentes, ni abusos o infidelidades. Solo vacío y alquitrán. Pedro continuaba desmadejado sobre la mesa y la vida, destilando una depresión inagotable. El más mínimo intento de desprenderlo del cigarrillo desencadenaba un llanto insoportable.

Nuestra estancia en la clínica Abril llegaba a su fin, los días se hacían más cortos y el verano comenzaba a ceder su trono al otoño, la doctora Balmes hablaba ya de pistas de esquí y conciertos de Mozart. Antes de aceptar que Pedro era un caso imposible, prisionero de su inconsciente y abocado al suicidio, Cristina me propuso que lo abordáramos juntos por última vez. Los trinos de los pájaros nos recordaban lo efímero de aquella paz y la urgencia de ayudarlo.

Nos sentamos frente a él. Estaba absorto con el sempiterno cigarro sobre la taza de café humeante en la que ya flotaban algunas cenizas. Yo había recompuesto la biografía de aquel hombre a base de frases fragmentadas y conversaciones incompletas, pero no sabía de dónde tirar. Entonces Cristina probó algo distinto. Al parecer, a él le gustaban las páginas de cultura. ¿Acaso era un intelectual? La chispa que agrandó sus pupilas fue un indicio innegable de que Cristina había dado con algo. Pedro se incorporó y

nos miró, sin soltar el cigarrillo. Nos dijo que había sido escritor, y si bien el mundo no había llegado a descubrir su talento, había recibido algunas críticas elogiosas con su primera y única novela, aunque se trató de una reputación en todo caso moral y un innegable fracaso económico. Rechazado por varias editoriales, decidió autopublicar, con unas regalías que ascendían en esos días a unos veintinueve céntimos al mes. Después del primer libro, había intentado superarse con una historia sobre la basílica de San Marcos, una narración en primera persona contada por la propia basílica. Jamás lo habíamos visto tan locuaz, mientras el cigarrillo se consumía entre sus dedos amarillos. Fue en Venecia donde se entregó por entero al sueño de ser escritor y fue en la basílica de San Marcos donde hizo los votos sagrados con su vocación. Poco le importó trabajar de camarero sirviendo capuchinos en los meses de invierno, mientras en la soledad de su habitación en una húmeda pensión del Lido acometía la magna obra de dar voz a la basílica. Sus horas libres las pasaba en San Marcos con su máquina de fotos, convencido de que ya había iniciado un diálogo con la catedral. Pedro había encendido otro cigarro, cuya punta naranja centelleaba intermitente como el latido de un neonato. Según nos dijo, una tarde, mientras rezaba en la catedral, un hombre con pinta de sacerdote, aunque vestido de seglar, le propuso un encargo. Había observado la devoción con que Pedro tomaba fotos y le pidió que le consiguiera una foto en primerísimo plano de una de las muchas palomas que anegaban la plaza de San Marcos. Para ello, Pedro debía depositar alpiste en el objetivo, apuntar al cielo, esperar a una paloma—cualquier paloma— y después capturarla en una instantánea. Necesitó varios días de celosa guardia. El dolor de cuello no lo amedrentó. No podía ser tan difícil, comparado con la titánica tarea de escribir su obra maestra. Espe-

ró con su cámara en el aire, viñeteando con su objetivo un cielo azul, persiguiendo nubes para combatir el aburrimiento, cegado en ocasiones por los destellos de luz reflejada en los balcones cuando bajaba un poco la guardia. Y en un instante aconteció. Cuando estaba a punto de rendirse, una paloma se posó sobre sus manos aferradas a la cámara y asomó su cabeza por la lente. Pedro la observó con su objetivo. Era una paloma común, gris azulada, con plumas iridiscentes en el cuello. La paloma picoteó un par de granos con impaciencia y Pedro esperó a captarla inmóvil, conteniendo la respiración, temeroso de perderla. La rigidez del cuello era insoportable y el ave parecía pesar más que la cúpula bizantina de San Marcos. Entonces aquella paloma lo miró fijamente. Miró su ojo desnudo, y no solo lo miró, sino que lo vio. Vio su alma y su corazón y leyó su vocación y su destino. Todo lo vio en un segundo. Y Pedro estuvo seguro de que la paloma también le habló y oyó en su mente con claridad la palabra «fracasado». Y Pedro supo que no era sentencia o burla ni provocación, sino desnuda verdad.

—Me dieron 48 míseros euros por aquel trabajo denigrante —musitó, expulsando la última calada y lanzando la colilla al café—, más de lo que he ganado con mi primer libro.

Después de eso hubo un profundo silencio sin humo, y permanecemos sobrecogidos de angustia. El paquete de tabaco estaba a unos centímetros de la mano de Pedro. Continuamos así durante unos minutos, sin atrevernos a añadir nada hasta que yo, para evitar ver si Pedro tomaba otro cigarro, o tal vez para evitar tomarlo yo, refugíé mi mirada en la espalda blanca de la doctora Balmes.